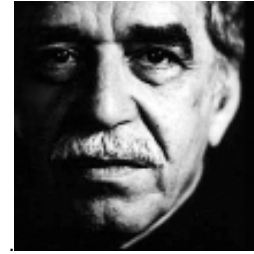


Gabriel García Márquez

80 años sin soledad

Por KEVIN FERNÁNDEZ



Hablar de Gabriel García Márquez siempre es difícil. Son muchos los riesgos. El primero es errar por exceso de entusiasmo y perderse en adorables detalles. El segundo, por el contrario, adoptar un enfoque frío que haga parecer al excelente escritor como otra entrada más en una enciclopedia. La verdad sea dicha. Estamos hablando de un colombiano común, nacido en Aracataca en 1928, residente en México en la actualidad; ex-periodista, narrador, guionista, mecenas de la cubana Escuela de Cine de San Antonio de los Baños y que ha ganado premios importantes, como el Nobel de Literatura en 1982, y el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos de 1972. Lo difícil es seguir viéndolo así después de leer sus principales novelas y relatos. Cuesta creer que un hombre que ha hecho brotar tanta magia de la realidad ficticia de sus historias no sea asimismo un mago, algún ser sobrenatural.

Este autor nació en un pueblo rural de Colombia, que permanece en la actualidad casi como él lo dejó, y allí pasó buena parte de su infancia. Los recuerdos de entonces nutrieron la mayor parte de su ficción. Las cosas atípicas que vio en esos lugares, empezando por el cartel de “Macondo” de la finca donde paraba el tren antes de llegar a Aracataca; las fantasías que le transmitía su abuela, en la que tenía cariño y confianza; y sus primeras lecturas, reveladoras, como *Las Mil* y *Una Noches*, fueron sus principales fuentes de imaginación.

Su familia se trasladó a Bogotá y allí el joven García Márquez estudió periodismo. A mediados de la década de 1940 comenzó a colaborar con distintos periódicos colombianos, publicó artículos, crónicas de cine y cuentos. A raíz de enfrentamientos ideológicos con los dictadores de esos momentos, Laureano Gómez, y Gustavo Rojas Pinilla, se exilió por cuenta propia en México, donde escribiría lo más importante de su narrativa. Las décadas de los años 60 y 70 son prodigiosas para la música popular y la literatura latinoamericana, y él, escuchando a los Rolling Stones, redactaba sus obras maestras. En 1986, ya consagrado con el premio Nobel, promueve, con el cineasta Fernando Birri, la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, en la que participó realizando talleres de guión, “esa bendita manía de contar”. Actualmente, escribe aún, mientras la importancia de su obra continúa creciendo. Si fue sorprendente la obra de Juan Rulfo, la de Gabriel García Márquez fue una revelación. Quizás la crítica literaria tenga más libros dedicados a él que letras este artículo. Pero al margen de esto, sus lectores y aspirantes a lectores, pasan de millones.

Su primera novela *La Hojarasca* (1955) no fue precisamente un éxito. Según él mismo confiesa, pasó durante cinco años de editorial en editorial, cuando fue publicada no se vendía. A partir de esa novela simplifica su prosa, antes barroca. En *El Coronel no tiene quien le escriba* (1961), novela corta, considerada por algunos lectores su mejor obra, donde comienzan a aparecer algunos personajes del universo Macondo, ya se anuncia el genio. Gastón Baquero, integrante del grupo Orígenes, en Cuba, profetizaría entonces que el autor de esa novela pudiera llegar algún día a aspirar al premio Nobel. Siguió con los cuentos de *Los funerales de Mamá Grande* (1962). *Cien años de Soledad* (1967) es su obra más importante, y narra la historia del pueblo de Macondo y la familia Buendía, a través de varias generaciones. *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1972), es obra intermedia. Con *El Otoño del Patriarca* (1975), libro que no fue tan bien recibido por un público que pedía más de lo mismo, Gabriel García Márquez trata de hacer algo diferente, con párrafos largos e historia de un enrevesamiento que lo desfavorece un tanto. Sin embargo, en *Crónica de una muerte anunciada* (1981), historia retrospectiva de un asesinato que ocurre al principio del libro, y *El Amor en los Tiempos del Cólera* (1985), historia de amor donde se pueden encontrar todos los argumentos a favor y en contra de la pasión amorosa, vuelve a aparecer el escritor genial. *El General en su laberinto* (1989), es un episodio de la vida de Simón Bolívar donde se lo baja de su idealización a un plano de humanidad. Posteriormente publicaría *Doce cuentos peregrinos* (1992), *Del Amor y Otros Demonios* (1995), ambientado en el siglo XVIII, y, en el año 2002, la primera parte de sus memorias: *Vivir para contarla*, que, según sus declaraciones, ha venido redactando para no enfriar su brazo narrativo en los momentos entre distintos libros. De esta breve cronología quedan fuera crónicas y reportajes importantes, como *Relato de un naufrago*, hecho a un oficial de la marina colombiana sobreviviente de un siniestro, que incluso le costó su expulsión del ejército por revelar operaciones encubiertas de contrabando, o *Noticia de un secuestro*, publicado en 1996.

La importancia de Gabriel García Márquez en la literatura mundial es indudable. Su procedimiento narrativo es revelador, y ha generado muchos seguidores, no sólo en América Latina. Sus historias son una síntesis de muchas cosas contradictorias. Libros en extremo comerciales, a la vez que profundos. Libros en extremo realistas, con personajes de actitudes que podemos identificar más de una vez en nuestra vida cotidiana, a la vez que fantasiosos, llenos de prodigios que en cierta forma contribuyen a reforzar por caminos insospechados ese realismo. Libros donde lo regional se une a lo universal con naturalidad. Libros de contenido novedoso, y técnica casi tradicional. Libros que resuelven de una forma hermosa el problema de cómo agrupar elementos contrastantes de forma barroca, pero natural, algo importante en nuestra zona caribeña, donde el indio, el negro, el blanco, el chino y el otro indio conviven, con sus cuerpos e imaginarios, y una tribu que apenas conoce el fuego vive a no demasiados kilómetros de una urbe moderna. ¿Qué más se puede pedir?

Otra de las claves del éxito de García Márquez, aparte de su habilidad de construir personajes creíbles y hacerlos concertar en sus obras, o el dominio de lo mítico e histórico, sería el componente factual. En una entrevista, admite que lo puramente abstracto, desasido de la anécdota, le resulta difícil. Así, en sus novelas y cuentos, pura narración, se da todo a través de una acción sin tregua, en que la poesía, reflexiones y demás se deducen de los hechos narrados. Los diálogos son breves relámpagos entre bloques narrativos, y el ritmo es tan vertiginoso que cuando va a suceder un hecho importante sentimos su ralentización.

El autor de *Cien Años de Soledad* es considerado, en su cumpleaños 80, como una leyenda viva. Su novela más representativa *Cien Años de Soledad*, ya estaba en los planes de estudios de algunas universidades en la década siguiente a la de su publicación. A 40 años, no se concibe la literatura latinoamericana sin este autor. Su obra no ha dejado de venderse y hasta sus mínimos textos periodísticos encuentran lectores suficientes para ser reeditados. Un contacto con sus obras, escasas en nuestro ámbito por la demanda que tienen, es necesario para cualquier amante de la literatura medianamente enterado, por la rara mezcla de placer estético y apropiación cultural que conlleva. Uno de los pocos libros que pueden trascender e influir en la vida del lector mucho después de la última página. La devoción a este autor podría durar siglos. Habrá más de un ser humano que se sienta de alguna forma narrado, ahora y muchos años después, en compañía de historias salidas de sus manos.